

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et iustitiae partem tuendam suscepistis.....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Dumque, ejus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—  
Firma del director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionarios.—En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

## LEY PROVISIONAL DE MATRIMONIO CIVIL.

(CONCLUSIONES.)

Art. 64. El padre, y en su defecto la madre, tienen potestad sobre sus hijos legítimos no emancipados.

Se reputará emancipado de derecho el hijo legítimo desde que hubiere entrado en la mayor edad.

Art. 65. En consecuencia de tal potestad, el padre, y en su defecto la madre, tendrán derecho:

Primero. A que sus hijos legítimos no emancipados vivan en su compañía, y a representarlos en juicio en todos los actos jurídicos que les sean provechosos.

Segundo. A corregirlos y castigarlos moderadamente.

Tercero. A hacer suyos los bienes que adquieran con el caudal que hubieren aquellos puesto a su disposición para cualquiera industria, comercio o lucro.

Cuarto. A administrar y usufructuar los bienes que los hijos hubieren adquirido por cualquier título lucrativo, o por su trabajo o industria.

Art. 66. El padre, y en su defecto la madre, no adquirirán la propiedad, el usufructo ni administración de los bienes adquiridos por el hijo, con su trabajo o industria, si no viviere en su compañía.

Art. 67. El hijo se reputará como emancipado para la administración y usufructo de los bienes comprendidos en el artículo anterior.

Art. 68. Tampoco adquirirá el padre, o en su defecto la madre, la propiedad ni el usufructo de los bienes donados o mandados al hijo para los gastos de su educación o instrucción, o con la condición expresa de que aquellos no hubieren de usufructuarlos, si en este caso los bienes donados no constituyeren la legítima del hijo.

Art. 69. El padre, y en su defecto la madre, cuando gozaren del usufructo de los bienes de los hijos, tendrán las obligaciones de todo usufructuario, excepto la de afianzar respecto de los mismos bienes mientras no contrajeran segundas nupcias.

También estarán obligados a inventariar, con intervención del ministerio fiscal, de los bienes de los hijos respecto a los cuales tuvieron solamente la administración.

Art. 70. Los hijos no emancipados tienen la obligación de obedecer a sus padres, y aunque estén emancipados, la de tributales respeto y reverencia.

Art. 71. La potestad del padre o madre, y los derechos que la constituyen, se suspenderán y se extinguirán en los casos determinados por las leyes.

## PARTE TERCERA.

DE LA OBLIGACION DE DAR ALIMENTOS.

Art. 72. La obligación de dar alimentos será recíproca.

Art. 73. Los alimentos han de ser proporcionados al caudal de quien los diere y a las necesidades de quien los recibiere.

Art. 74. La obligación de dar alimentos será exigible desde que los necesitare para subsistir la persona que tuviere derecho a percibirlos, y no se extinguirá solamente por la renuncia de esta.

Art. 75. Cesará la obligación de dar alimentos:

Primero. Cuando la fortuna del que estuviere obligado a darlos se hubiere reducido hasta el punto de que éste no pudiera satisfacerlos sin desatender sus necesidades precisas y las de su familia.

Segundo. Cuando el que hubiere de recibirlos haya mejorado de fortuna hasta el punto de no serle necesarios para su subsistencia.

Tercero. Cuando el mismo hubiere cometido alguna falta por la que legalmente le pueda desheredar el obligado a satisfacerlos.

Cuarto. Cuando el que los hubiere de percibir fuere descendiente o hermano del que los hubiere de satisfacer, y la necesidad de aquel proviniere de mala conducta o falta de aplicación al trabajo, mientras que esta causa subsistiere.

Art. 76. Los alimentos se reducirán o aumentarán proporcionalmente, según el aumento o disminución que sufrieren las necesidades del alimentista y la fortuna del que hubiere de satisfacerlos.

Art. 77. La obligación de satisfacer alimentos se extenderá, en defecto de ascendientes o descendientes, o por su imposibilidad de satisfacerlos, a los hermanos legítimos, hermanos, uterinos o consanguíneos por el orden con que van mencionados en este artículo.

Art. 78. El alimentista tendrá que vivir en compañía del que debiere satisfacer los alimentos, en el caso que esta justificación no poder cumplir de otro modo su obligación por la escasez de su fortuna.

## CAPITULO VI.

DE LOS MEDIOS DE PROBAR EL MATRIMONIO.

Art. 79. Los matrimonios celebrados antes de la promulgación de esta ley se probarán por los medios establecidos en las leyes anteriores.

Art. 80. Los contraidos desde la promulgación de esta ley se probarán solamente por las correspondientes actas del Registro civil, a no ser que estas hubieren desaparecido, en cuyo caso serán admisibles todos los medios legales de prueba.

Art. 81. La posesión constante de estado de los padres, unida a las actas de nacimiento de sus hijos en concepto de legítimos, harán prueba plena del matrimonio de aquellos, si ya hubieren fallecido o se hallaren impedidos de manifestar el lugar de su casamiento, a no constar que alguno de ellos estaba ligado con un matrimonio anterior.

Art. 82. El matrimonio contraido en país extranjero podrá probarse por cualquier medio de prueba,

si en el país en que fue celebrado no estuvieren los matrimonios sujetos a Registro.

## CAPITULO VIII.

DEL DIVORCIO.

### Sección 1.ª

De la naturaleza y causas del divorcio.

Art. 83. El divorcio no disuelve el matrimonio, suspendiendo tan solo la vida común de los cónyuges y sus efectos.

Art. 84. Los cónyuges no podrán divorciarse ni aun separarse por mutuo consentimiento; para ello es indispensable en todo caso el mandato judicial.

Art. 85. El divorcio procederá solamente por las siguientes causas:

Primera. Adulterio de la mujer no remitido expresa o tácitamente por el marido.

Segunda. Adulterio del marido con escándalo público o con el abandono completo de la mujer, o cuando el adúltero fuere a su cómplice en la casa conyugal, con tal que no hubiese sido también remitido expresa o tácitamente por la mujer.

Tercera. Malos tratamientos graves de obras o de palabra, inferidos por el marido a la mujer.

Cuarta. Violencia moral o física ejercida por el marido sobre la mujer, para obligarla a cambiar de religión.

Quinta. Malos tratamientos de obra inferidos a los hijos, si pusieren en peligro su vida.

Sexta. Tentativa del marido para prostituir a su mujer, o la proposición hecha por aquél a esta para el mismo objeto.

Sétima. Tentativa del marido o de la mujer para corromper a sus hijos, y la complicidad en su corrupción o prostitución.

Octava. Condenación por sentencia firme de cualquiera de los cónyuges a cadena o reclusión perpetua.

Art. 86. El divorcio solamente podrá ser reclamado por el cónyuge inocente.

### Sección 2.ª

De las disposiciones preliminares del divorcio.

Art. 87. Admitida la demanda de divorcio, o antes si la urgencia del caso lo requiere, se acordará judicialmente:

Primero. La separación provisional de los cónyuges y el depósito de los hijos en poder del cónyuge inocente, y si ambos fueren culpables, el nombramiento de tutor y curador de los mismos y separación de los padres.

Segundo. El depósito de los hijos en poder del cónyuge inocente, y si ambos fueren culpables, el nombramiento de tutor y curador de los mismos y separación de los padres.

Si las causas que hubieren dado margen al divorcio fueren las primera, segunda, tercera, cuarta y octava del art. 85, podrán los padres proveer de común acuerdo al cuidado y educación de sus hijos.

Tercero. El señalamiento de alimentos a la mujer y a los hijos que no quedaren en poder del padre.

Cuarto. La adopción de las disposiciones necesarias para evitar que el marido que hubiere dado causa al divorcio perjudique a la mujer en la administración de sus bienes.

### Sección 3.ª

De los efectos del divorcio.

Art. 88. La sentencia ejecutoria del divorcio producirá los siguientes efectos:

Primero. La separación definitiva de los cónyuges.

Segundo. Quedar a ser puestos bajo la potestad y protección del cónyuge inocente.

Si ambos fueren culpables, quedarán bajo la autoridad del tutor o curador, que se nombrará con arreglo a las prescripciones de la ley de Enjuiciamiento civil, salvo los casos comprendidos en el número 2.º del art. 87.

No obstante las disposiciones anteriores, la madre conservará en todo caso a su cuidado a los hijos menores de tres años hasta que cumplan esta edad, a no ser que expresamente se haya dispuesto otra cosa en la sentencia.

Tercero. La privación por parte del cónyuge culpable, mientras viviere el inocente, de la patria potestad y de los derechos que llevó consigo sobre las personas y bienes de los hijos.

A la muerte del cónyuge inocente volverá el culpable a recobrar la patria potestad y sus derechos, si la causa que hubiere dado margen al divorcio hubiere sido alguna de las comprendidas en el mencionado número 2.º del art. 87.

Si fuere distinta, se nombrará tutor a los hijos en la forma anteriormente prevenida.

La privación de la patria potestad y sus derechos no extinguirá al cónyuge culpable del cumplimiento de las obligaciones que tuviere para con sus hijos.

Cuarto. La pérdida por parte del cónyuge culpable de todo lo que hubiere sido dado o prometido por el inocente o por otra persona en consideración a éste, y la conservación de todo lo recibido por el inocente, y el derecho de reclamar desde luego lo que hubiere sido prometido por el culpable.

Quinto. La separación de los bienes de la sociedad conyugal y la pérdida de la administración de los de la mujer, si fuere el marido quien hubiere dado causa al divorcio y la mujer los reclamare.

Sexto. La conservación por parte del marido inocente de la administración de los bienes de la mujer, la cual solamente tendrá derecho a alimentos.

Art. 89. El divorcio y sus efectos cesarán cuando los cónyuges consintieren en volver a reunirse, debiendo poner la reconciliación en conocimiento

del juez o tribunal que hubiere dictado la sentencia ejecutoria del divorcio.

Se exceptúa de lo dispuesto en el párrafo anterior el caso de divorcio sentenciado por las causas 3.ª y 7.ª del art. 85, en cuyo caso se le dará lugar a la reconciliación.

## CAPITULO VIII.

DE LA DISOLUCION Y NULIDAD DEL MATRIMONIO.

### Sección 1.ª

De la disolución del matrimonio.

Art. 90. El matrimonio legítimo se disuelve solamente por la muerte de uno de los cónyuges debidamente probada.

La ausencia prolongada de uno de ellos, con ignorancia de su paradero, no será causa de presunción de su muerte, a no ser que durare hasta que tuviere 400 años de edad el ausente, en cuyo caso se le tendrá por fallecido.

Art. 91. El impedimento que, según las prescripciones de esta ley, anula el matrimonio, no será causa para su disolución cuando sobreviniere después de la celebración del matrimonio.

### Sección 2.ª

De la nulidad del matrimonio.

Art. 92. No se reputará válido para los efectos de esta ley:

Primero. El matrimonio que se contrajere por el que carezca de alguna de las circunstancias necesarias de forma prescrita en el art. 4.º, salvo lo dispuesto en el segundo párrafo del núm. 4.º de dicho artículo.

Segundo. El que se contrajere mediando alguno de los impedimentos establecidos en los números 1.º y 2.º del art. 5.º y en los ocho primeros del art. 6.º, si no hubieren sido previamente dispensados en los casos en que sea procedente la dispensa.

Tercero. El que no se contrajere con autorización del juez municipal competente y a presencia de dos testigos mayores de edad.

Cuarto. El contraido por error en la persona, por coacción o por miedo grave que vicien el consentimiento.

Quinto. El contraido por el raptor con la raptada, mientras que ésta se halle en su poder.

Serán, no obstante, válidos los matrimonios a que se refieren los dos números antecedentes, si hubieren transcurrido seis meses de cohabitación de los cónyuges, a contar desde que el error se hubiere desvanecido o la libertad se hubiere recobrado, sin haber reclamado durante aquel tiempo la nulidad.

Art. 93. En los casos de los números 1.º, 2.º y 3.º del artículo anterior, podrán reclamar la nulidad los cónyuges, el ministerio fiscal o cualquiera persona que tuviere interés en ella.

En los casos de los números 4.º y 5.º podrá reclamar solamente el cónyuge que hubiere sufrido el error, la fuerza o el miedo.

Admitida la demanda de nulidad del matrimonio, se practicarán las diligencias establecidas en el artículo 87.

### Sección 3.ª

El patrimonio nulo.

Art. 94. El patrimonio nulo, contraido de buena fe por ambos cónyuges, producirá todos sus efectos civiles mientras subsista y la legitimidad de los hijos.

Art. 95. El contraido de buena fe por uno de ellos lo producirá solamente respecto del cónyuge inocente y de los hijos.

Art. 96. La buena fe se presumirá siempre, a no probarse lo contrario.

Art. 97. Anulado ejecutoriamente el matrimonio, los hijos varones mayores de tres años quedarán al cuidado del padre y las hijas al de la madre, habiendo habido buena fe por parte de ambos cónyuges.

Si la hubo tan sólo por parte de uno de ellos, quedarán los hijos de ambos sexos bajo su poder y a su cuidado.

Pero en todo caso continuarán al cuidado de la madre los menores de tres años hasta que cumplan esta edad.

Art. 98. Lo dispuesto en el artículo anterior no tendrá efecto si los padres, de común acuerdo, dispusieren otra cosa.

Art. 99. La sentencia ejecutoria de nulidad del matrimonio producirá, respecto de los bienes de los cónyuges, los mismos efectos que la disolución de aquel por muerte.

El cónyuge que hubiere obrado de mala fe perderá sin embargo la parte de los gananciales que en otro caso le hubiera correspondido.

Art. 100. La sentencia ejecutoria de nulidad del matrimonio se inscribirá en el Registro civil en que constare su celebración.

### DISPOSICIONES GENERALES.

El conocimiento y decisión de todas las cuestiones a que diere margen la observancia de esta ley corresponde a la jurisdicción civil ordinaria, según la forma y el modo que se establezca en las leyes de Enjuiciamiento civil.

Las sentencias y providencias de los tribunales eclesiásticos sobre todo lo que constituye el objeto de esta ley no producirán efectos civiles.

DISPOSICIONES TRANSITORIAS.

Artículo 1.º Sin embargo de lo dispuesto en el artículo anterior, los jueces y tribunales civiles ordinarios no conocerán de las demandas de nulidad de los matrimonios canónicos celebrados con anterioridad a la promulgación de esta ley y de sus incidencias, cuyo conocimiento correspondió hasta ahora a la jurisdicción eclesiástica.

Las sentencias que dictaren sobre ellas los tribunales eclesiásticos producirán efectos civiles.

Art. 2.º Los matrimonios civiles celebrados hasta la promulgación de esta ley ante los alcaldes del domicilio o residencia de los contrayentes y dos testigos mayores de edad se reputarán legítimos, y producirán todos sus efectos civiles si los contrayentes tuvieron capacidad para celebrarlos con arreglo a las prescripciones de esta ley.

Palacio de las Cortes veinticuatro de Mayo de mil ochocientos setenta.—Manuel Ruiz Zorrilla, presidente.—Manuel de Llano y Perti, diputado secretario.—Julian Sanchez Riano, diputado secretario.—Francisco Javier Carratalá, diputado secretario.—Mariano Rius, diputado secretario.

Madrid diez y ocho de Junio de mil ochocientos setenta.—El ministro de Gracia y Justicia, Eugenio Montero Rios.

## LEY PROVISIONAL

SOBRE REFORMA DE LA CASACION CIVIL.

### DE LOS RECURSOS DE CASACION.

#### SECCION PRIMERA.

Disposiciones generales.

Artículo 1.º El conocimiento de los recursos de casacion en los negocios civiles corresponde exclusivamente a la Sala primera del Tribunal Supremo de justicia.

Art. 2.º El recurso de casacion en los negocios civiles se da contra las sentencias definitivas pronunciadas por las audiencias y contra las de los amigables componedores, y solo en los casos establecidos expresamente en esta ley.

Art. 3.º Se entiende por sentencias definitivas para los efectos del artículo anterior:

1.º Las definitivas que terminen el juicio.

2.º Las que requeyendo sobre un artículo pongan término al pleito haciendo imposible su continuación.

3.º Las que declaren haber o no lugar a dar a un litigante que haya sido condenado en rebeldía.

4.º Las pronunciadas en actos de jurisdicción voluntaria en los casos establecidos por la ley.

Art. 4.º El recurso de casacion se fundará en una de las causas siguientes:

1.º Ser la sentencia contra ley o doctrina legal.

2.º Haberse quebrantado alguna de las formas esenciales del juicio.

3.º Haber los amigables componedores fallado puntos no sometidos a su decisión o fuera del plazo señalado en el compromiso.

Art. 5.º Se consideran como infracción de las formas esenciales del juicio para los efectos del número 2.º del artículo anterior:

1.º La falta de emplazamiento en primera o segunda instancia de las personas que hayan debido ser citadas para el juicio.

2.º La falta de personalidad en alguna de las partes o en el procurador que la haya representado.

3.º La falta de citación para sentencia definitiva en cualquiera de las instancias.

4.º La falta de recibimiento a prueba en alguna de las instancias, cuando esta procediere con arreglo a derecho.

5.º La falta de citación para alguna diligencia de prueba.

6.º La incompetencia de jurisdicción cuando este punto no haya sido resuelto por el Tribunal Supremo.

7.º Haber concurrido a dictar sentencia uno o más jueces, cuya recusación intentada en tiempo y forma fundada en causa legal hubiere sido desestimada.

8.º Haber sido dictada la sentencia por menor número de jueces del señalado por la ley.

Art. 6.º El recurso de casacion por infracción de ley o de doctrina legal no se dará contra las sentencias que recaigan en los juicios de menor cuantía, ni en los posesorios, ni en los ejecutivos ni en ninguno después del cual pueda promoverse otro juicio sobre el mismo objeto; pero sí proceden los que se funden en el quebrantamiento de alguna de las formas del juicio expresadas en el art. 5.º

Art. 7.º Los recursos de casacion que se interpongan por quebrantamiento de forma sólo serán admitidos cuando se hubiere pedido la subsanación de la falta en la instancia en que se cometió, y reproducida la petición en la segunda instancia cuando la infracción procediere de la primera.

Art. 8.º No será necesario haber reclamado la subsanación de la falta en el caso de que esta hubiere sido cometida en la segunda instancia cuando fuera ya imposible pedirla.

Art. 9.º Las declaraciones de haber lugar al recurso de casacion producirán los efectos siguientes:

1.º La casacion de la sentencia y el pronunciamiento de otra arreglada a la ley o a la doctrina legal infringida, cuando el recurso se hubiere fundado en esta causa.

2.º La casacion de la sentencia en lo que los amigables componedores hayan decidido fuera de los límites del compromiso, cuando el recurso se hubiere fundado en esta causa.

3.º La casacion de toda la sentencia de los amigables componedores, cuando el recurso se fundare en haber sido dictado fuera del término convenido en el compromiso.

4.º La casacion de la sentencia y la devolución de los autos al Tribunal de que proceden, para que reponiéndolos al estado que tenían al quebrantarse la forma del juicio, lo continúen con arreglo a derecho, cuando el recurso se hubiere fundado en esta causa.

Art. 10.º El que intentare interponer recurso de

casacion depositará en el establecimiento destinado al efecto:

Mil pesetas cuando no fueren conformes de toda conformidad las sentencias de la primera y segunda instancia en los recursos por infracción de ley o de doctrina legal, y en los que se interpongan contra las sentencias de los amigables componedores.

Quinientas pesetas cuando el recurso se interponga por quebrantamiento de forma.

Art. 11. En los casos en que la cantidad objeto del litigio sea inferior a 3,000 pesetas, el depósito no excederá de la sexta parte de su valor si el recurso que se intenta interponer se fundare en infracción de ley o doctrina legal, o fuere contra el fallo de amigables componedores, ni de la dozava parte si se fundare en quebrantamiento de forma.

Art. 12. Si litigare por pobre la parte que interponga el recurso, y éste fuere desestimado, pagará cuando llegue a mejor fortuna la suma a que en su caso hubiera debido ascender el depósito.

## SECCION SEGUNDA.

De la interposición de los recursos de casacion por infracción de ley o de doctrina legal, o contra los fallos de amigables componedores.

Art. 13. El que intentare interponer recurso de casacion por infracción de ley o de doctrina legal, solicitará dentro del término de 10 días, contados desde el siguiente al de la última notificación de la sentencia, un testimonio de esta y de la de primera instancia, si en la segunda hubiesen sido aceptados, y no reproducidos textualmente todos sus resultados y considerandos. Pasados los 10 días sin solicitarlo, la sentencia quedará firme.

Art. 14. La Audiencia mandará dar el testimonio que se hubiere solicitado dentro del término expresado en el artículo anterior, mandando emplazar a las otras partes para que puedan comparecer en el Tribunal Supremo a usar de su derecho en el término de 30 días en los negocios procedentes de la Península e islas Baleares, y de 50 en las procedentes de las islas Canarias.

Por diligencia puesta al pie del testimonio se hará constar la fecha de su entrega a la parte que lo hubiere solicitado.

Art. 15. Cuando se hubiere presentado el testimonio fuera de término, la Audiencia denegará en auto la providencia denegatoria, lo comunicará a la Audiencia que lo hubiere solicitado, haciendo constar en la última notificación y de la de las sentencias.

Art. 16. El recurrente que compareciere ante el Tribunal Supremo en el término señalado en el artículo anterior presentará escrito, acompañando la copia certificada de la providencia denegatoria, y formulará el recurso de queja.

La sala, sin más trámites, resolverá lo que proceda, y contra su decisión no habrá ulterior recurso.

Art. 17. Cuando el Tribunal Supremo confirmare la providencia denegatoria, lo comunicará a la Audiencia que la haya dictado para su conocimiento y efectos correspondientes.

Cuando la revocare dirigirá orden a la misma Audiencia para que mande dar el testimonio solicitado.

Art. 18. En el mismo día en que se entregare el testimonio de la sentencia, contra la cual se intente recurrir en casacion, la Audiencia remitirá al Tribunal Supremo certificación de los votos reservados, si los hubiere, y no habiéndolos, certificación negativa en que así conste.

Art. 19. Cuando el que solicitare el testimonio litigare por pobre, la Audiencia remitirá al Tribunal Supremo el testimonio solicitado en su caso, o la copia certificada de la providencia denegatoria.

Art. 20. En el caso del artículo anterior, el Tribunal Supremo, recibido el testimonio de la sentencia o la copia certificada de su denegación, mandará nombrar, en el término de seis días, a la parte que litigare por pobre, procurador y abogado que la defienda si la misma lo pidiere.

El testimonio o la copia certificada se entregará al procurador nombrado de oficio, para que con acuerdo del abogado y en escrito firmado por ambos, interponga el recurso si lo estimare procedente en derecho, en el término de 10 días.

Si el letrado nombrado no considerare procedente el recurso, lo expondrá por escrito en el término de tres días, y en el de otros dos se nombrará nuevo letrado, que si opinare como el anterior lo expondrá por escrito en igual término, nombrándose en los dos días siguientes un tercer letrado, que por escrito también manifestará su opinión dentro de tercer día, si



## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 1.º DE JULIO DE 1870.

## JUNTA CENTRAL CATÓLICO-MONÁRQUICA.

## ORGANIZACIÓN.

Se ha recibido y dispuesto la publicación del siguiente oficio y lista que le acompaña:

**Junta provincial católico-monárquica de Madrid.**—Tenemos el honor de remitir adjunto a V. E. la lista de los individuos que componen esta provincial y los distritos de la capital; la mayor brevedad lo haremos con respecto a los distritos rurales de nuestra demarcación.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Madrid Junio 1870.—Presidente, P. de Lacy.—Secretario, vizconde de Alcira.—Excmo. señor presidente de la Junta central católico-monárquica.

**Junta provincial católico-monárquica de Madrid.**—Presidente honorario, señor marqués del Surco.—Presidente, D. Patricio de Lacy.—Vicepresidente, D. Manuel Martín Melgar.—Secretario, vizconde de Alcira.—Vocales, D. Francisco Pliego Valdés.—Don Ildefonso Bermejo.—D. Venancio Gutiérrez.—Don Leandro Angel Herrero.—D. Juan Antonio Almola.—D. Manuel Garriga.—D. Antonio Menéndez Valdés.—D. José Lucas Abella.—D. Valentín Gómez.—D. Luis Echeverría.—D. Angel Morales.—D. Carlos García.

Madrid, 30 de Junio de 1870.—Presidente, Patricio de Lacy.—Secretario, vizconde de Alcira.

**Junta católico-monárquica del distrito del Congreso.**—Presidente, señor marqués del Surco.—Vicepresidente, D. Santiago Martín.—Secretario, don Fernando Brieha y Salvatierra.—Vocales, don Julian Andrés.—D. Luis María Trigo.—D. Simon de Grados.—D. Juan Cuenca.—D. Laureano Estéban Zaldo.—D. José Lozano.

**Junta católico-monárquica del distrito de la Universidad.**—Presidente, D. Manuel Martín Melgar.—Vicepresidente, D. Carlos Aymerich.—Secretario, D. Benito Rubio.—Vicesecretario, D. Carlos Benítez Caballero.—Vocales, D. José Fauró.—D. Juan Mendoza.—D. Isidro de Elguero e Ibarra.—D. Domingo García Motiña.—D. Luis Pazos y Lopez.—D. José Benítez Dávila.—D. Elias Arnaiz.—D. Vicente Mandayo.—D. Fernando Navarro Landete.—D. Wenceslao Manzanque.—D. Manuel San Roman.

**Junta católico-monárquica del distrito del Hospicio.**—Presidente, D. Francisco Pliego Valdés.—Vicepresidente, D. Alejandro Rivadeneira.—Secretario, D. Juan María Lopez.—Vocales, D. Mariano Fonce.—D. Antonio García Yáñez.—D. Juan Bautista Larrache.—D. Felipe de Urquijo.—D. Pedro Agero.—D. Salvador Suay de Santa María.—D. Eusebio Maria de Góiri.

**Junta católico-monárquica del distrito de la Latina.**—Presidente, D. José Lucas de Abella.—Vicepresidente, D. José Hoyos y Carreras.—Secretario, don Ramon Dorado y Pueyo.—Vocales, D. Carlos de Antonio.—D. Joaquín Regidor y Jimenez.—Don D. Carlos Lopez del Rio.—D. Rufino de Eguluz.—Lara.—D. Francisco.—D. Ramon Manrique de Jimenez.

**Junta católico-monárquica del distrito de Palacio.**—Presidente, D. Antonio Menéndez Valdés.—Vicepresidente, D. Ramon Garcia.—Secretario, D. Rafael Blanco.—Vocales, D. Mariano Lezcano.—D. José María Villanueva.—D. José Mata y Rodriguez.—D. Francisco Jimenez de Cisneros.—D. Santiago Sanz y Sanz.—D. Manuel Selgas.—D. Antonio Gomez.—D. José M. de Baños.

**Junta católico-monárquica del distrito del Hospital.**—Presidente, D. Leandro Herrero.—Vicepresidente, D. Venancio Ayllon.—Secretario, D. Juan Campo y Marquez.—Vocales, D. Miguel Muñoz de Sala.—D. Angel Adillo.—D. Higinio Díaz Delgado y Cabrera.—D. Lino de la Fuente.—D. Raimundo Lora y Blanco.—D. Leonardo Sanchez Infante.—Don Saturnino Alonso Paradinas.—D. José María Alegre y Lopez.

**Junta católico-monárquica del distrito del Centro.**—Presidente, D. Venancio Gutiérrez.—Secretario, D. José Serrano y Martín.—Vocales, D. Manuel Santibañez.—D. Francisco de Grados.—D. Julián de Zaro.—D. Felipe de Jugo.—D. Carlos de Arvizu.—D. Isidro Diaz.—D. Bernardo Iglesias.—D. Andrés Soltero.—D. Francisco Sanchez de Castro.—D. Niceto Gonzalez del Rio.

**Junta católico-monárquica del distrito de la Audiencia.**—Presidente, D. Manuel Garriga.—Vicepresidente, D. Mariano Luna.—Secretario, D. José Campos.—Vocales, D. Manuel Gomez.—D. Francisco Garcia Herranz.—D. José Martinez.—D. Tomás Banded.—D. Emeterio Abecuchio.—D. Remigio Quintanilla.

**Junta católico-monárquica del distrito de la Inclusa.**—Presidente, D. Ildefonso Antonio de Bermejo.—Vicepresidente, D. Rafael Martín Valladares.—Secretario, D. Ramiro Martínez Aparicio.—Vocales, D. Antonio Minguez de la Puente.—D. Antonio de la Peña.—D. Juan Muñoz.—D. Manuel Ugarte.—Don Ramon Pio de la Acha.—D. Antonio Estéban.—Don Simon Prado y Pueyo.—D. Vicente Lopez.

**Junta católico-monárquica del distrito de Buena Vista.**—Presidente, D. Valentín Gomez.—Vicepresidente, D. Raimundo Martín y Velasco y Delgado.—Secretario, D. Manuel García Rodrigo Perez.—Vocales, D. Eduardo Aldeanueva.—D. José Zaldívar.—D. Francisco Villaverde.—D. Regino García Cañas.—D. Pascual Mur.—D. Francisco Rodriguez.—Don José Blanco.—D. Alfonso Rodriguez.—D. Mariano Rodriguez Vazquez.

Madrid, 30 de Junio de 1870.—Presidente de la provincial de Madrid, Patricio de Lacy.—Secretario de la provincial de Madrid, vizconde de Alcira.

Publíquese de orden del señor presidente.—Secretario, el conde de Canga Argüelles.

## EL GOBIERNO CONSTITUCIONAL.

El nombre de doña Isabel de Borbon, a quien durante treinta y cinco años se han aplicado todos los epítetos de la adulación, podrá pasar a la historia con el nombre de Isabel la infortunada, si es que la historia se ocupa en poner una calificación a su largo y azaroso reinado. De los acontecimientos en él verificados no debemos ni queremos hacer

ahora el resumen, porque están presentes en la memoria de todos los españoles; y si alguien pudiera haberlos olvidado, la misma señora se los recuerda en el manifiesto que acompaña a la abdicación.

Es cosa particular que habiéndose escrito diferentes manifiestos por los jefes de los diversos pequeños grupos de hombres afectos a la dinastía revolucionaria, en todos ellos se hace del reinado de doña Isabel una pintura tan triste, aunque verdadera, que bastaría por sí sola para hacer desear que tal reinado fuese borrado de la serie de reinados españoles, y pedir a Dios que semejante cúmulo de desgracias jamás se reproduzca.

Los secretarios de la ex-reina se esfuerzan en disculparla a ella, atribuyendo los males innegables de su tiempo a la fuerza de las circunstancias, a la ambición de los partidos, al sistema de gobierno adoptado. Casi convenimos con ellos. En nuestro concepto, doña Isabel, falta del genio de Isabel I para ser en ninguna circunstancia una heroína, tiene bastantes prendas de corazón y de carácter para haber podido ser en tiempos normales una buena esposa de un buen rey; para reina es poco, para reina constitucional es demasiado. Atendiendo a la educación que recibió de maestros progresistas y de las intrigas de que ha vivido siempre rodeada, las faltas que haya cometido o consentido, no maravillan tanto como algunos de sus buenos rasgos en solennas ocasiones, y ciertas virtudes que sin injusticia no se le pueden negar.

Pero estas consideraciones que abonan a la reina, son la condenación más terrible del sistema liberal de gobierno en cuya virtud reinó.

Los reyes constitucionales al uso moderno solamente pueden sostenerse en el trono por medio del despotismo o de la indignidad, teniendo un genio avasallador que se imponga o careciendo de carácter para manifestar en ningún caso la propia opinión. Quien no sea héroe o no esté destituido de todo sentimiento de propia dignidad, no sirve para rey, pudiendo estar seguro de que si una muerte temprana no precipita el fin de sus días, tendrá que ir a acabarlos en el destierro.

El sistema constitucional no consiente mediantes.

Si el rey es un héroe o un hábil intrigante se burla de la Constitución y de las leyes, allega alrededor de sí a los hombres que, bien sea por convicción o por cálculo de interés, se hacen partidarios de sus opiniones y eco de sus palabras, debilita y oprime a los demás, y no teniendo ley que le guíe ni consejeros que le digan la verdad, conviértese en despotismo del peor género, porque no hay despotismo más malo que aquel para quien las leyes son un enemigo odioso y no un moral regulador. En este caso su voluntad es el único criterio para juzgar las acciones de los súbditos y la fuente única del derecho práctico o real: da órdenes sangrientas y encuentra quien las cumple; hace distinciones odiosas, tratando a unos con benignidad sobrada y a otros con injustificable rigor, y es al menos por los favorecidos aplaudido; impone contribuciones superiores a las fuerzas del país, y el país paga, atreviéndose apenas a levantar la voz.

A los soldados que acompañan al cobrador, pide a las madres sus hijos, y los hijos le son dados regados sus lágrimas con las lágrimas maternas; manda derribar las iglesias; prohíbe ciertos modos de vestir; persigue a la religión, siempre odiada de los tiranos, y la religión sufre, y los hábitos religiosos desaparecen, y los seculares mueren, y las iglesias vienen al suelo, al impulso de una piqueta impía; no paga los servicios prestados al Estado y remunera prodigamente los hechos a su persona, y los servidores del Estado viven de la mendicidad, mientras los del jefe imperante derrochan a manos llenas; los tribunales, influidos por él, fallan muchas veces contra justicia, y si alguna vez los jueces se resisten a torcer el curso de las leyes, se forman partidas de la porra, que como un mito se introducen en las casas, destruyen su riqueza y maltratan a los moradores.

Si empero el rey constitucional se aviene de buena gana a reinar y no gobernar, que es su oficio, la influencia que le corresponde ejercer es nula. El rey que reina y no gobierna, es más bien un adorno y una insignia que un rey; es un nombre que sirve para designar una época, no para hacerla próspera y feliz; es una estampita, que bien podría ser de papel, delante de la cual pasan haciéndole alguna reverencia los hombres y los partidos que se disputan el poder; es un signo para grabar en la moneda, el cual sin grande inconveniente podría cambiarse por otro cualquiera; es un pájaro encerrado en jaula de oro, es una joya de valor convencional, es el mayor sueldo del Estado, es una ficción legal.

Los partidos políticos luchan más o menos encarnizadamente para realizar sus ideas y con más frecuencia para apoderarse del presupuesto, diciéndose unos a otros, en el Congreso escuchando injurias, predicando en la prensa doctrinas disolventes e inmorales, prometiendo en los clubs cosas que nunca podrán realizar y ensangrentando las calles con la vida preciosa de muchos ciudadanos. Y el rey constitucional contempla desde el trono el mortífero combate, como quien mira una corrida de toros o un reñidero de gallos, guardándose de manifestar preferencia por ninguno de los bandos combatientes; que si en un arranque de entusiasmo se atreve a demostrar simpatía por cualquiera, los demás le acusan con razón de magistrado parcial y de buscar medios para matar la libertad.

De pronto parece que cesa el combate: la fuerza bruta o la intriga artera han dado la victoria a uno de los partidos; su jefe se presenta en la régia estancia, y dice: asáñor, la nación quiere esto, conviene a los intereses de la patria establecer este sistema de administración; a V. M. se le han de limitar las facultades que le concedo la Constitución actual.—A lo cual el rey responde: «Pienso lo mismo que tú; forma ministerio de tus parciales y pon en los empleos a los que te ayudaron para llegar hasta aquí; convoca Cortes de tus ideas, que modifiquen en el sentido indicado la Constitución.»

Pero al año, al mes, a las veinticuatro horas (que de todo se ha visto) el partido que parecía vencedor, aparece como vencedor, porque mientras el jefe contrario hablaba con el rey, logró suplantarle por medios que la crónica no cuenta, y el nuevo jefe victorioso entra en palacio apenas el otro ha salido, y dice también al rey: «Señor, lo que acabas de decretar es malo; todo lo contrario le conviene a la nación; las Cortes convocadas han de votar al revés de lo que habeis indicado en el preámbulo del decreto; la Constitución no debe ser modificada, o ha de serlo en sentido opuesto al que os han dicho.» Y el rey contesta: «Pienso lo mismo que tú, forma ministerio de tus parciales y pon en los empleos a los que te han ayudado para llegar hasta aquí; convoca Cortes de tus ideas; que no modifiquen la Constitución o lo hagan en el sentido que indicas.»

Y si hay cien partidos que se suceden en el mando, cien veces repite el monarca constitucional las mismas palabras; es un verdadero maniquí que se mueve según la cuerda que le tiran, un órgano unisonó que suena lo mismo en todas las funciones.

Si alguno de los generales es más exigente que los otros, no se contenta con la cantinela acostumbrada y exige que el rey salga a la calle a decir al pueblo que antes se equivocó, o a pedir perdón de faltas de las cuales no es responsable: el monarca constitucional ha de ser bastante bonachón para obedecer las órdenes del jefe vencedor, representando un papel de que se avergonzaría el último de los ciudadanos.

Tal ha de ser el rey constitucional.

Semejante sistema es a propósito para fomentar las más desastrosas ambiciones, porque para todos tiene siempre abiertas las entradas de su palacio; pero no para dar paz al reino y al comercio y a la industria protección y seguridad.

En él el rey no hace nada de por sí, según hemos visto.

El Gobierno no piensa sino en sostenerse, defendiéndose de sus enemigos políticos y olvidándose del bien de la nación.

Los partidos caídos no trabajan sino para suplantar al vencedor, sin acordarse de que cada comunión política es una herida en el corazón de la patria.

Los hombres malos hallan en las continuas intrigas el camino de la impunidad.

Los buenos se retraen de las cosas públicas, retirándose a trabajar y a llorar en el interior de sus casas.

Así la virtud y la ciencia van perdiendo toda influencia, y así se las considera como una infelicidad.

Y llega el caso de que el vicio y la ignorancia dominan a la nación.

Entonces la religión incomoda a los gobernantes y la persiguen. La predicación del Evangelio se castiga como predicación subversiva. Los templos son derribados porque su vista despierta remordimientos. Se quita de la enseñanza a los hombres verdaderamente doctos. La sociedad se ahuyenta, y sintiéndose precipitada hacia un abismo insondable, no acierta a contener su caída.

Los hombres ambiciosos, los perezosos, los que carecen de bienes que perder, los que no tienen amor a la patria, los que odian la religión y, entre tantos, algunos ignorantes que no saben a dónde se les lleva, aman este sistema de Gobierno.

Los hombres modestos y honrados, los activos y laboriosos, los que aman el orden y la paz y seguridad de la patria, los que creen en Dios y quieren servirle, no pueden menos de mirar al Gobierno llamado constitucional como un castigo del cielo, y de desear un Gobierno fuerte para sostenerse por sí mismo, con ideas propias para dirigir los negocios públicos, libre de vacilaciones y de las asechanzas de los partidos; en el cual el rey tenga seguridad de morir en el trono, o si renuncia, pueda hacerlo como lo hizo Carlos V, y no como acababa de hacerlo la desgraciada doña Isabel.

Sin embargo, tanto ciega el amor de madre y tanto pueden la costumbre y la lisonja, que doña Isabel abdica en su hijo con el propósito de darle a él y a nosotros otro reinado azaroso, en que se reproduzcan con los aumentos de segunda edición las peripecias y los males de los últimos treinta y cinco años.

«Españoles honrados y amantes de la patria! ¿Qué sería de la nuestra si Dios nos castigase con otro reinado constitucional? Amigos del joven príncipe hijo de doña Isabel, gabeiis pensado en la suerte que lo preparáis? Si llegáis a subir al trono, debería ser tirano de la patria o mudo servidor de los partidos, o bien resignarse a volver muy pronto al destierro con el dolor de haberse dejado engañar por vosotros.»

El Gobierno constitucional no deja otras salidas a sus reyes.

La Gaceta de Augsburgo nos ha dado a conocer la actitud del Gabinete Ollivier respecto al Concilio, publicando el despacho que el primer ministro de Napoleón envió a Roma a la salida del conde Darú del ministerio de Negocios extranjeros. Aunque este despacho, publicado ayer en nuestras columnas, es de fecha un poco atrasada, no deja de tener importancia, por cuanto su autor es quien dirige hoy la política francesa, y no tiene compañeros de Gabinete como el rabioso galicano Darú; pudiéndose en vista de esto afirmar que la actitud del Gobierno de las Tullerías es la mar-

cada en el documento diplomático a que nos referimos.

Muy lejos están de satisfacerlos las disposiciones del Sr. Ollivier respecto a la augusta Asamblea del Vaticano, que, ciertamente, no son las que corresponden al Gobierno de una nación católica; pero como ya dijimos cuando se verificó la crisis en Francia, hemos ganado con la salida del conde Darú. No hay duda de que, respecto al Concilio, lo menos malo que pueden hacer los Gobiernos liberales, es permanecer pasivos y no ponerle obstáculos. De haber seguido el conde Darú en el ministerio, es muy probable que a estas horas hubiese un conflicto entre el Gobierno imperial y la Santa Sede: las pretensiones de aquel ministro de tener un embajador especial en el Concilio y de que se le enviaran las proposiciones que se habían de someter a la augusta Asamblea, no podían ser atendidas: Ollivier no las mantuvo: a cualquier causa que obedeciera, la política inaugurada por el primer ministro, es, repetimos, menos mala.

Pero, aparte de esto, las doctrinas y opiniones de Ollivier son detestables. Habla en su despacho del «derecho de Francia a enviar embajador al Concilio», de «invasiones de la teocracia», de «proposiciones imprudentes que hacen correr peligros a la Iglesia», de «consejos y advertencias a la Santa Sede», de «derrota de Obispos» y otras cosas que demuestran que el Gobierno imperial está completamente dominado por las doctrinas galicanas.

Sólo así se explica esa pretensión de conocer los intereses de la Iglesia mejor que la Iglesia misma, decidiendo sobre la oportunidad o inoportunidad de las proposiciones sometidas al Concilio; sólo así se comprende que un Gobierno que recela invasiones de la teocracia, invada resueltamente el campo de la Iglesia, metiéndose a consejero cuando no es llamado, y marcando al Concilio la senda que debe seguir.

Parece que extraña el Sr. Ollivier que el Papa no haya escuchado los consejos y advertencias del Gobierno; pues qué, ¿se había figurado acaso que cuando está reunido nada menos que un Concilio ecuménico, esto es, cuando la Iglesia docente universal se congrega para remediar los males contemporáneos y decidir sobre los intereses permanentes de la religión y de la sociedad, habían de influir en la Iglesia las observaciones apasionadas de un Gobierno que se inspira en intereses políticos del momento? En manera alguna: es no comprender la naturaleza y objeto de las grandes y solennas Asambleas del cristianismo, pretender amoldarlas a exigencias tan personales y a miras estrechas.

Ollivier se declara desde luego contrario a la definición de la infalibilidad, al decir al embajador: «la derrota de nuestros Obispos franceses sería muy triste, si, interviniendo nosotros, no la hubiéramos podido evitar»; en lo cual se refiere indudablemente a los Prelados franceses opuestos a la definición. Por eso ha escrito nuestros Obispos, esto es, los que piensan como nosotros; que bien sabe el Sr. Ollivier que no son todos los Obispos franceses, ni mucho menos, contrarios a la definición dogmática. Respecto de la misma Francia, están muy en minoría los anti-infalibilistas, pues no llegan a 30, y hay, en cambio, 50 ó más que son partidarios de la definición.

Si el Gobierno francés quisiera ser imparcial, no daría preferencia ni halagaría a unos ni a otros; y en todo caso, debía hacerlo a los infalibilistas, que son la gran mayoría del episcopado francés.

Dios mediante, todos lo serán dentro de poco; pues cuando hablé el Concilio, los que hasta ahora combaten la definición, humillarán la frente para acoger reverentes y gozosos los decretos infalibles de la Iglesia de Jesucristo.

El Tiempo, como quien pide con mucha necesidad, suplica a la puerta de los progresistas, con estas palabras lastimeras:

«El partido progresista es el que menos disculpa tiene en su oposición. Ha participado del poder durante el anterior reinado y, le ha visto origen y alado, de la libertad en nuestro suelo. ¿Que pretende fuera de la dinastía? No conoce que el aljarafe de ella se aleja de la sombra protectora que al partido presta y de la gloria que sobre él reflejan las nobles figuras de Argüelles y de Heros? No conoce que la dinastía que implanta la libertad en su pueblo es la más sólida garantía de la libertad misma?»

Pero ni por esas. Los progresistas que se hallan, bien disfrutando solos del presupuesto, le recuerdan a El Tiempo los años 1844 y 1845, 1848 y 1856. Los progresistas y los moderados son iguales en cuanto a doctrinas, diferenciándose solamente unos de otros en ese poco de zalamería hipócrita que saben usar los que ahora están caídos; pero en cuanto a administrar el Tesoro nacional y a repartírselo, cada uno lo quiere todo para sí.

La Independencia Española, comienza un artículo de fondo con estas palabras:

«Desde el mismo instante que se inició la revolución de Setiembre y que adoptó por enseña el lema de «España con honra», desde ese instante debió dominar en la administración, tanto del Estado cuanto de las grandes empresas mercantiles, los principios de la más elevada moralidad; por eso La Independencia Española, al venir al estado de la prensa, empezó a defender todos los intereses que habían sido vulnerados por las administraciones anteriores.»

Pues, señor, se ha leído el periódico progresista con sus defensas. Vulnerada había sido la independencia de la Iglesia; y, a pesar de la defensa de La Independencia Española, la de la Iglesia ha sido abatida hasta el último extremo a que la pueden llevar los hombres; vulnerados habían sido al decir de los progresistas, los derechos de los católicos en las personas de algunos que enseñaban contra lo que habían jurado enseñar, y a pesar de la defensa del periódico progresista, ahora se han vulnerado de veras destituyendo a muchos profesores que cumplían perfectamente los deberos

contraídos al posesionarse de la cátedra por negarse a jurar lo que no creen poder jurar, ni querer hacerlo a la manera liberal; vulnerada estaba la Hacienda española por una deuda siempre creciente nutrida con empréstitos y contratos que nosotros calificamos como merecidos, y, a pesar de los esfuerzos del periódico defensor, la deuda se ha aumentado por medios más escandalosos calificados de inmorales por un diputado que no quería atenuar su palabra, y la pobre Hacienda está espiando en las manos del gran hacendista Figuerola; vulnerada estaba la libertad, pero ahora está agonizante; vulnerada la moralidad pública, pero ahora, muerta y enterrada.

«Dios nos libre de defensores como La Independencia Española!»

La revolución ha hecho todo lo que no debía hacer, y nada de aquello a que estaba obligada por sus propias promesas.

Un periódico progresista llama Jaime cinco al Señor Príncipe de Asturias. ¿Sabría decirnos La Independencia Española la historia de los cuatro Jaimes anteriores? La estimaremos mucho la lección.

Lemos en El Tiempo:

«Según noticias que recibimos de varias provincias, se ha reanimado mucho el espíritu público con motivo de los sucesos de estos días. Muchos carlistas vuelven a reconocer la verdadera legitimidad en las filas del partido conservador; y ha habido localidad donde la noticia de la abdicación ha bastado para que se disolviese el comité carlista.»

Se nos figura que pondríamos en grave aprieto al periódico moderado si le obligásemos a citar esa localidad donde la noticia de la abdicación ha bastado para que se disolviese el comité carlista. Lea el periódico alfonsoino las felicitaciones publicadas en nuestros diarios y verá que el entusiasmo del partido carlista, lejos de amenguarse en parte alguna, se ha aumentado considerablemente al ver con toda claridad la mano de Dios en el nacimiento del príncipe D. Jaime en el instante mismo en que para los moderados dejaba de ser D. Alfonso príncipe de Asturias.

Lo que ha sucedido es cabalmente lo contrario de lo que El Tiempo dice. Quienes reconocen la verdadera legitimidad son muchos moderados de buena fe, católicos y monárquicos antes que todo, que se creen; y con razón, desligados de todo compromiso con doña Isabel en cuanto esta señora entrega a la revolución su dignidad de princesa y su amor de madre.

Ya verá pronto El Tiempo los efectos desastrosos de la abdicación en la parte más sana del partido moderado.

Según La Correspondencia de España, parece que el infante D. Sebastian y el general Lersundi son los principales jefes de la fracción moderada contraria a la ya hecha abdicación de doña Isabel. Se espera un próximo acto que demuestre el descontento de esta fracción.

Grandes alardes hacen de su unión los diarios moderados, que nos presentan, en prueba de ello, la lista de los ex-ministros y oficiales generales que forman la junta directiva del círculo conservador. Pero los hechos son más elocuentes que las palabras, y los hechos dicen que el moderantismo está desmenuzando en mil fracciones insignificantes. Por ejemplo: la de Cheste y Gonzalez Bravo no tiene nada que ver con la de Lersundi y Marfori; la del conde de San Luis detesta a la de Cánovas y aborrece a la de Estéban Collantes; la de Miraflores se separa de todas estas y quiere darlas ya por fenecidas. Y después de todo, tantas fracciones no pueden reunir en un momento dado mil hombres para un apuro. Consuélese, sin embargo, con que todos ellos han sido ministros y directores y gobernadores, cosa que podría darles alguna importancia si el país no tuviera en las trañas los efectos desastrosos de la gobernación de esos gobernadores, de la dirección de esos directores y del ministerio de tales ministros.

El país agradecido pide a Dios todos los días que no vuelvan esos hombres finestros.

La masonería española está de enhorabuena porque ha entrado en ella un musulmán. «¿Qué hay de grande y sublime en la orden masónica, dice La República Iberica, qué hay en su seno, que domina las pasiones y los instintos hasta el extremo de que el republicano y el monárquico, el cristiano y el judío, el protestante y el musulmán puedan hallarse unidos como verdaderos hermanos?» Los cristianos no pueden entrar en la masonería. Si los que de otras religiones se hacen masones, son tan buenos judíos, protestantes o musulmanes como los cristianos masónicos son buenos cristianos, comprendemos todo lo que hay de grande y sublime en la orden masónica. En los garitos se juntan también hombres de todas clases, pero que tienen una condición común, la de ser... gariteros.

Famoso artículo escrito anoche El Diario Español dando detalles de la ceremonia de la abdicación de doña Isabel.

Dice aquel periódico que ha recibido una carta de un su amigo de buen humor, de la cual cartatoma los detalles que da.

Sobre la falta de asistencia de D. Francisco la carta dice:

«Me consta que el ex-rey consorte no asistió, porque él es defensor teórico, y ha querido serlo práctico, de la ley sálica, sobre todo con relación a su familia legal. Hija, escribió pocos días antes a la princesa de Asturias doña Isabel; no hay para qué te molestes en venir; yo te digo que si España merece decididamente tener por rey a un hijo mío, tú serás o no lo será nadie. Ya verás que cisco armo en último término. Después de todo ¿qué voy yo perdiendo?»

Gonzalez Bravo parece que contestó monda y li-rondamente con un no me conviene, y el conde







Según la cuenta de un diario noticiero, durante todo el período de las Constituyentes se han votado 413 leyes y la Constitución.

¿Qué tiempo tan lastimosamente perdido!

Dice un periódico, que el Sr. D. Nicolás María Rivero, ministro de la Gobernación, ha sido agraciado por el rey D. Luis de Portugal, con la gran cruz de la Concepción, cuyas insignias le ha regalado su majestad fidelísima como testimonio de la consideración a que es acreedor.

Trancamente, creemos que cualquiera otra condecoración hubiera cuadrado mejor al ex-alcáide de Madrid.

Leemos.

«Ha sido un período moderado: el tiempo de España (tímida muy antigua entre los reyes extremos del anarse, en las diferentes estaciones de la vida, esta satisfacción a mi conciencia, y para saber más a qué atenerse desde hoy en adelante, lo fuere de la lealtad me exige que así se lo manifieste a Vd. lo cual una vez hecho quedo tranquilo.

Después de esto, creo tener algún título para extenderme sobre este asunto a otra especie de consideraciones. Todo el mundo sabe y Vd. mejor que ninguno, en que circunstancias tan tristes para usted entabló relaciones conmigo. Rebajado en el concepto del público por cosas sabidas de todos, suspenso por la autoridad eclesiástica y con un expediente de Vd. a mi para que viese de remediar estos males, después que inútilmente había puesto sus asuntos en manos de dos notables juristas, el Sr. Aguirre, ya difunto, y el Sr. Rivero, actual ministro de la Gobernación. Yo le encaminé desde un principio por el único camino: y el más recto para llegar donde se proponía, diciéndole que debía ponerse bien con Dios y la Iglesia, reconciliándose con la autoridad eclesiástica; y desde este momento, todas nuestras pláticas, todas nuestras conversaciones, y aun mis todas las cartas que nos hemos escrito, al menos por lo que a mí toca, se han dirigido a este fin, que, como Vd. habrá comprendido, era lo que yo buscaba, y lo único que debía buscar un buen amigo y un sacerdote.

A pesar de mis constantes exhortaciones, era un sacrificio para su amor propio el retractarse de sus doctrinas religiosas, en circunstancias que tan limitado era por el partido republicano, y que muchos amigos, que para Vd. eran personajes de primer orden, le inducían a que hiciese todo lo contrario. Esto retardó cerca de un año lo que yo me proponía siempre como base de nuestras relaciones; pero al fin usted se avino a ello, y yo conseguí mi objeto cuando ya casi desconfiaba alcanzarlo, en atrevida a que, entre otras personas de importancia, el respetabilísimo Monseñor Barilli, Nuncio de Su Santidad y hoy Cardenal, no había logrado nada de Vd. en la entrevista que con él tuve. Vino, pues, de la revista tal como yo la deseaba, y después de la revista seccion otros actos no menos importantes, que no me he podido olvidar ahora.

Según nos dicen de la Granja, han llegado a este sitio real, para la corte del regente, diez y ocho coches de Palacio, entre los que figuran trenes de gala y trajes de lo mismo para los lacayos y cocheros, incluidas las pelucas; y tal número de tiros y troncos se han acumulado en aquel sitio real, que para que el general Prim vaya a su posesión de los montes de Toledo, servido con tiros de la casa REAL, ha sido preciso salir un jefe de caballerías a Aranjuez, a apartar tiros de mulas de la REAL yeguada.

Además, según parece, el Sr. Abascal, director del real Patrimonio, ha llevado al Escorial, para su uso, y el de su familia, un coche de las reales caballerías, con los troncos correspondientes.

«Bien por los niveles!»  
¿Dónde están aquellos programas tan magníficos, llenos de modestia, economías y esperanzas de bienestar para el país?

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

#### DON TRISTÁN MEDINA.

Publicamos con gusto la carta que, verán nuestros lectores a continuación. Trátase de la nueva caída del Sacerdote Medina y de nuestro amigo el Sr. Salomero, que un día, hace cinco años, le dio la mano para levantarlo. No ha publicado antes esta carta, por evitar ruido y escándalo; pero ya que se ha hablado estos días del Sr. Medina y ha insertado un periódico una carta dirigida a dicho señor por otro ilustradísimo Sacerdote, publicamos esta, que aclarará ciertas cosas:

«Madrid, 1.º de Junio de 1870.

Sr. D. Tristán Medina.—Mi siempre querido amigo: Creame en un deber de conciencia, y aun de amistad, al dirigirme a Vd. por medio de esta carta en unos momentos en que llegan hasta mí ciertos rumores acerca de su nueva actitud religiosa; que quisiera ver desmentidos. Dicesse que predica Vd. en la capilla Evangelica de la calle de la Libertad; y como para esto ha tenido que apostatar de la Religión de su patria, que es también la de sus padres, y la que Vd. ha profesado hasta ahora; comprenderé cuánto me han contristado estas noticias. Sin duda la última vez que estuvo en casa a ofrecerme su nueva habitación y a decirme si podía contar con mi amistad, cualesquiera que fuera la actitud que tomase después que el ilmo. señor Vd. había negado nuevamente las licencias de predicar, ya tenía Vd. pensado el paso que ha dado, aunque velado y oculto para mí. Yo al haberle en aquella ocasión nuevas protestas de amistad, le di los últimos consejos que en su situación y la mía desearía; pero quiero que ahora quede bien consignado que Vd., que tantas veces me ha llamado su hermano, lo ha dejado de ser en Religión por su propia voluntad, y que la amistad que entonces le ofrecí y que de nuevo le ofrezco ahora, lo quiere decir todo por su persona, pero de ninguna manera

significa que yo sea indiferente, y menos que contemporice con su actitud religiosa. Debia, amigo mío, esta satisfacción a mi conciencia, y para saber más a qué atenerse desde hoy en adelante, lo fuere de la lealtad me exige que así se lo manifieste a Vd. lo cual una vez hecho quedo tranquilo.

Después de esto, creo tener algún título para extenderme sobre este asunto a otra especie de consideraciones. Todo el mundo sabe y Vd. mejor que ninguno, en que circunstancias tan tristes para usted entabló relaciones conmigo. Rebajado en el concepto del público por cosas sabidas de todos, suspenso por la autoridad eclesiástica y con un expediente de Vd. a mi para que viese de remediar estos males, después que inútilmente había puesto sus asuntos en manos de dos notables juristas, el Sr. Aguirre, ya difunto, y el Sr. Rivero, actual ministro de la Gobernación. Yo le encaminé desde un principio por el único camino: y el más recto para llegar donde se proponía, diciéndole que debía ponerse bien con Dios y la Iglesia, reconciliándose con la autoridad eclesiástica; y desde este momento, todas nuestras pláticas, todas nuestras conversaciones, y aun mis todas las cartas que nos hemos escrito, al menos por lo que a mí toca, se han dirigido a este fin, que, como Vd. habrá comprendido, era lo que yo buscaba, y lo único que debía buscar un buen amigo y un sacerdote.

A pesar de mis constantes exhortaciones, era un sacrificio para su amor propio el retractarse de sus doctrinas religiosas, en circunstancias que tan limitado era por el partido republicano, y que muchos amigos, que para Vd. eran personajes de primer orden, le inducían a que hiciese todo lo contrario. Esto retardó cerca de un año lo que yo me proponía siempre como base de nuestras relaciones; pero al fin usted se avino a ello, y yo conseguí mi objeto cuando ya casi desconfiaba alcanzarlo, en atrevida a que, entre otras personas de importancia, el respetabilísimo Monseñor Barilli, Nuncio de Su Santidad y hoy Cardenal, no había logrado nada de Vd. en la entrevista que con él tuve. Vino, pues, de la revista tal como yo la deseaba, y después de la revista seccion otros actos no menos importantes, que no me he podido olvidar ahora.

Según nos dicen de la Granja, han llegado a este sitio real, para la corte del regente, diez y ocho coches de Palacio, entre los que figuran trenes de gala y trajes de lo mismo para los lacayos y cocheros, incluidas las pelucas; y tal número de tiros y troncos se han acumulado en aquel sitio real, que para que el general Prim vaya a su posesión de los montes de Toledo, servido con tiros de la casa REAL, ha sido preciso salir un jefe de caballerías a Aranjuez, a apartar tiros de mulas de la REAL yeguada.

Además, según parece, el Sr. Abascal, director del real Patrimonio, ha llevado al Escorial, para su uso, y el de su familia, un coche de las reales caballerías, con los troncos correspondientes.

«Bien por los niveles!»  
¿Dónde están aquellos programas tan magníficos, llenos de modestia, economías y esperanzas de bienestar para el país?

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

«Preguntado a los pueblos, sumergidos en la miseria que les aboga, y que responden la Granja y los montes de Toledo, con sus banquetes y fiestas.»

no cuanto sabía que difícilmente se le presentarían ocasiones de predicar; y que aun cuando alguna vez lo hiciese, esperaba no volverla a abusar, teniendo además presente que muchas de sus faltas, debían buscarse en otra parte que donde creen ver algunas personas. El ilmo. señor Vicario estimó otra cosa; y Vd. con su actitud se ha cuidado de justificar lo hecho por la autoridad eclesiástica.

Ahora bien, ¿quién tiene la culpa de todo esto? Solo Vd., amigo D. Tristán, solo Vd. Creo recordará perfectamente que cuando después de su retractación se le concedieron por un año las licencias de celebrar, confesar y predicar por las que Vd. tanto había suspirado, y yo trabajado lo que es indecible, le dije al presentárselas que las conservase bien, y que una vez entrado en el buen camino, no se parara nunca de él, porque de lo contrario, si volvía a sus antiguos extravíos, sería poco menos que imposible una nueva rehabilitación. No ha hecho caso del aviso, y después Vd. mismo ha venido lamentándose de ello, y en su desesperación, a precipitarse en un abismo insostenible.

Aun contra el oro protestante, que todo lo compra, he procurado librarme. Yo, que tanto temía por Vd. al discurrir de la revolución de Setiembre, le escribí, como recordará a San Sebastián, donde a la sazón se hallaba, y al propio tiempo, como me proponía alcanzarle las licencias que tanto ansiaba, le prometí en el Colegio Hispano-Americano de Santa Isabel una cátedra; y con ella, «aí, mentos y algo más, si hubiera sabido ser constante, porque una y otra cosa le proporcione, y nada ha querido o podido conservar. No contento aun con esto, lamentándose Vd. conmigo de que a consecuencia de la insurrección de Cuba tenía paralizadas sus rentas, le prometí para este verano una misa, con el estipendio de 12 rs. y un diario, como un auxilio para atender a sus necesidades. ¿Qué más podía yo hacer? Si hubiera sido rico, bien lo sabe Dios, no me hubiese detenido en esto, y habría hecho más.

Estamos en una especie de liquidación de nuestra pasada amistad, y necesitaba recordarle algunos hechos, que interesa a Vd. más que a mí no olvidarlos; uno porque estos hechos le traerán a la memoria otros muchos, si, lo que no creo, no ocupa en su pecho el encono del lugar que pertenece a la gratitud; y otro porque en el tiempo de sus mayores aflicciones me ha llamado muchas veces paño de sus lágrimas; y a la verdad, no quisiera que al olvidarse del paño, se olvidase de las lágrimas, de aquellas lágrimas, mi querido D. Tristán. Por lo demás no veo en esta carta ninguna injuria en mis palabras, que no cabe esta en el que tanto le considera y le quiere. Si le he hablado y le hablo del oro protestante, es porque para mí es de todo punto imposible que esa religión pueda hacerse amar con otro aflicción que con el oro.

Triste condición la de haber venido a recoger los últimos y los peores momentos de la revolución setembrina, y me dañe profundamente, que así como he conseguido contenerle en los dos años que llevamos de libertad, para todo lo malo, no habiendo podido lograr ahora que la revolución espere y cuando hubiera querido evitarle grandes disgustos; digo, porque aún cuando la revolución viera todo lo que portaban los revolucionarios, yo le anuncio desde este momento, D. Tristán, que antes de poco Vd. se cansará de los protestantes y los protestantes de usted; circunstancia que vendrá acompañada de sus peores consecuencias; y en lo cual Vd. mismo será el agente y el paciente. No olvide, por tanto, cuando esté dicho por mí que valgo tan poco y aunque ponga lo su empeño para desmentirme, no por eso dejaré de sucederle lo que dejo consignado.

Reflexione Vd. bien su situación, y deje Vd. de hacer la causa del protestantismo completamente perdida en la conciencia de los pueblos. Deje usted una religión que el demonio ha inventado como un puente para la corrupción y la impiedad. ¡Ah! yo que sé todo lo que a no cree con los protestantes, si supiera de la misma manera lo que ahora cree con ellos, me extendería con gusto a otras consideraciones y le haría ver aquí lo que pueden valer esas creencias, porque hoy hasta los niños de la escuela pueden venturosamente combatir el protestantismo.

El mundo quiere, y Vd. no va la reacción religiosa al par que científica que se inicia en todas partes, que se desarrolla en todas las inteligencias y que se reanuda en todos los corazones.

La reacción latente, pero verdadera, que se opera bajo la idea y la vida de la religión católica, será en el porvenir y en la historia la vergüenza del protestantismo como religión y del protestantismo como ciencia. Niegue Vd. este carácter a las conquistas modernistas de la filosofía, y yo le demostraré a error en que vive. ¿Qué espera, pues, de los protestantes? Vd. esperará lo que quiera, pero el juicio de Dios le espera a Vd. en este mundo y en el otro. ¿Qué no lo olvide Vd.!

Adios, D. Tristán. Vd. comprenderá con cuánto sentimiento y dolor me separo de Vd. por la expresión y latitud que he dado a esta carta; sentimiento y dolor solo mitigado por la esperanza que tengo de que Dios, como fuertemente se lo ruego, le traerá

al verdadero conocimiento de la verdad y al sentimiento de la virtud, única cosa que hace a los hombres felices. Pero nada tiene Vd. que aguardar, porque el Señor le ha dado todo lo que necesita para que pueda conocerle y amarlo. ¡Suyo afectísimo Capellán Q. B. Sr. M., José Salomero.

«De la Agencia Havas-Bullier.»  
Roua, 30.—Ayer ha tenido lugar una gran fiesta. Hoy retendrá la congregación.—Dentro de muy poco tiempo tendrá lugar el voto sobre la infalibilidad del Papa.

A primera hora se votó:  
3 por 100 francos, a 72-62 1/2.  
3 por 100 interior español, a 27 1/2.  
3 por 100 exterior id., a 31 1/2.  
3 por 100 id. id., a 30 7/8.

Respecto a la petición de los príncipes de la casa de Orleans para volver a Francia, dice El Telégrafo autógrafo:  
«Hoy se ha reunido en el Cuerpo legislativo la comisión encargada del examen de peticiones. Asistieron a esta reunión los ministros, Ollivier y Chevandier de Valdrôme.

La comisión, después de haber escuchado a los ministros, resolvió por una mayoría de ocho votos contra uno, el de Mr. G. Fould, que propondría el que se pusiera a la orden del día la petición de los príncipes de Orleans.

He aquí, a corta diferencia, las palabras que pronunció el ministro de la justicia en el seno de la comisión.  
«Esta no es una petición, es una reivindicación, es una demanda de pretendientes. Si los príncipes de Orleans hubieran hecho su súplica, si realmente se hubieran dirigido al emperador, nosotros tal vez habríamos podido examinar la petición; pero en la forma que ha sido presentada, no ha lugar a examinarla.

El sábado próximo será presentado a la Cámara el informe redactado por Mr. Drouot.  
«El dictamen de la comisión, añade El Eco de Ambos-Mundos, se extenderá, de completa conformidad con el parecer del ministro guardaseñor, a un solo individuo de la comisión, M. Gustavo Fould, hijo del antiguo ministro de Hacienda, es contrario a este dictamen.

Dice el periódico últimamente citado:  
«Los republicanos españoles emigrados en Francia no ocultan su descontento por la tardanza de la amnistía que se les había ofrecido para el momento en que las Cortes Constituyentes suspendiesen sus tareas.

El partido anti-prusiano de Baviera acaba de conseguir un nuevo triunfo; pues—según a sus esfuerzos, el Gabinete de Munich se ha decidido a no prestar su cooperación para la línea férrea de Saint-Gothard.

El telégrafo anuncia nuevos desórdenes en Cork, en Irlanda. La causa del conflicto no ha sido esta vez una tentativa leonina, sino una grave de sastres y carpinteros. La policía, ayudada de la tropa, ha hecho muchas prisiones. Ha habido muchas víctimas por una y otra parte.

La tranquilidad no está todavía completamente restablecida, y la grave amenaza prolongarse aun.

De las elecciones Austria, todavía no se tienen noticias completas.  
En Styria y Moravia, los católicos han salido completamente vencedores. Con este motivo ya empiezan a alarmarse en Viena, recordando que el partido católico apenas estaba representado en el último Reichsrath, y ahora podrá suceder que se encuentre con fuerzas suficientes para luchar con el partido liberal.

El haber autorizado el emperador Francisco José al conde de Beust, a petición suya, para usar en el escudo de su familia el águila imperial y las armas de Hungría, parece que ha causado honda impresión en la segunda Cámara húngara. Tal distinción será objeto de una interpelación dirigida por los húngaros al Gobierno.

#### PARTE EXTRANJERA.

##### TELEGRAMAS.

(De la Agencia Havas-Bullier.)

Roua, 30.—Ayer ha tenido lugar una gran fiesta. Hoy retendrá la congregación.—Dentro de muy poco tiempo tendrá lugar el voto sobre la infalibilidad del Papa.

A primera hora se votó:  
3 por 100 francos, a 72-62 1/2.  
3 por 100 interior español, a 27 1/2.  
3 por 100 exterior id., a 31 1/2.  
3 por 100 id. id., a 30 7/8.

Respecto a la petición de los príncipes de la casa de Orleans para volver a Francia, dice El Telégrafo autógrafo:  
«Hoy se ha reunido en el Cuerpo legislativo la comisión encargada del examen de peticiones. Asistieron a esta reunión los ministros, Ollivier y Chevandier de Valdrôme.

La comisión, después de haber escuchado a los ministros, resolvió por una mayoría de ocho votos contra uno, el de Mr. G. Fould, que propondría el que se pusiera a la orden del día la petición de los príncipes de Orleans.

He aquí, a corta diferencia, las palabras que pronunció el ministro de la justicia en el seno de la comisión.  
«Esta no es una petición, es una reivindicación, es una demanda de pretendientes. Si los príncipes de Orleans hubieran hecho su súplica, si realmente se hubieran dirigido al emperador, nosotros tal vez habríamos podido examinar la petición; pero en la forma que ha sido presentada, no ha lugar a examinarla.

El sábado próximo será presentado a la Cámara el informe redactado por Mr. Drouot.  
«El dictamen de la comisión, añade El Eco de Ambos-Mundos, se extenderá, de completa conformidad con el parecer del ministro guardaseñor, a un solo individuo de la comisión, M. Gustavo Fould, hijo del antiguo ministro de Hacienda, es contrario a este dictamen.

Dice el periódico últimamente citado:  
«Los republicanos españoles emigrados en Francia no ocultan su descontento por la tardanza de la amnistía que se les había ofrecido para el momento en que las Cortes Constituyentes suspendiesen sus tareas.

El partido anti-prusiano de Baviera acaba de conseguir un nuevo triunfo; pues—según a sus esfuerzos, el Gabinete de Munich se ha decidido a no prestar su cooperación para la línea férrea de Saint-Gothard.

El telégrafo anuncia nuevos desórdenes en Cork, en Irlanda. La causa del conflicto no ha sido esta vez una tentativa leonina, sino una grave de sastres y carpinteros. La policía, ayudada de la tropa, ha hecho muchas prisiones. Ha habido muchas víctimas por una y otra parte.

La tranquilidad no está todavía completamente restablecida, y la grave amenaza prolongarse aun.

De las elecciones Austria, todavía no se tienen noticias completas.  
En Styria y Moravia, los católicos han salido completamente vencedores. Con este motivo ya empiezan a alarmarse en Viena, recordando que el partido católico apenas estaba representado en el último Reichsrath, y ahora podrá suceder que se encuentre con fuerzas suficientes para luchar con el partido liberal.

El haber autorizado el emperador Francisco José al conde de Beust, a petición suya, para usar en el escudo de su familia el águila imperial y las armas de Hungría, parece que ha causado honda impresión en la segunda Cámara húngara. Tal distinción será objeto de una interpelación dirigida por los húngaros al Gobierno.

Dice el periódico últimamente citado:  
«Los republicanos españoles emigrados en Francia no ocultan su descontento por la tardanza de la amnistía que se les había ofrecido para el momento en que las Cortes Constituyentes suspendiesen sus tareas.

El partido anti-prusiano de Baviera acaba de conseguir un nuevo triunfo; pues—según a sus esfuerzos, el Gabinete de Munich se ha decidido a no prestar su cooperación para la línea férrea de Saint-Gothard.

El telégrafo anuncia nuevos desórdenes en Cork, en Irlanda. La causa del conflicto no ha sido esta vez una tentativa leonina, sino una grave de sastres y carpinteros. La policía, ayudada de la tropa, ha hecho muchas prisiones. Ha habido muchas víctimas por una y otra parte.

La tranquilidad no está todavía completamente restablecida, y la grave amenaza prolongarse aun.

De las elecciones Austria, todavía no se tienen noticias completas.  
En Styria y Moravia, los católicos han salido completamente vencedores. Con este motivo ya empiezan a alarmarse en Viena, recordando que el partido católico apenas estaba representado en el último Reichsrath, y ahora podrá suceder que se encuentre con fuerzas suficientes para luchar con el partido liberal.

El haber autorizado el emperador Francisco José al conde de Beust, a petición suya, para usar en el escudo de su familia el águila imperial y las armas de Hungría, parece que ha causado honda impresión en la segunda Cámara húngara. Tal distinción será objeto de una interpelación dirigida por los húngaros al Gobierno.

Dice el periódico últimamente citado:  
«Los republicanos españoles emigrados en Francia no ocultan su descontento por la tardanza de la amnistía que se les había ofrecido para el momento en que las Cortes Constituyentes suspendiesen sus tareas.

El partido anti-prusiano de Baviera acaba de conseguir un nuevo triunfo; pues—según a sus esfuerzos, el Gabinete de Munich se ha decidido a no prestar su cooperación para la línea férrea de Saint-Gothard.

El telégrafo anuncia nuevos desórdenes en Cork, en Irlanda. La causa del conflicto no ha sido esta vez una tentativa leonina, sino una grave de sastres y carpinteros. La policía, ayudada de la tropa, ha hecho muchas prisiones. Ha habido muchas víctimas por una y otra parte.

La tranquilidad no está todavía completamente restablecida, y la grave amenaza prolongarse aun.

De las elecciones Austria, todavía no se tienen noticias completas.  
En Styria y Moravia, los católicos han salido completamente vencedores. Con este motivo ya empiezan a alarmarse en Viena, recordando que el partido católico apenas estaba representado en el último Reichsrath, y ahora podrá suceder que se encuentre con fuerzas suficientes para luchar con el partido liberal.

El haber autorizado el emperador Francisco José al conde de Beust, a petición suya, para usar en el escudo de su familia el águila imperial y las armas de Hungría, parece que ha causado honda impresión en la segunda Cámara húngara. Tal distinción será objeto de una interpelación dirigida por los húngaros al Gobierno.

Dice el periódico últimamente citado:  
«Los republicanos españoles emigrados en Francia no ocultan su descontento por la tardanza de la amnistía que se les había ofrecido para el momento en que las Cortes Constituyentes suspendiesen sus tareas.

El partido anti-prusiano de Baviera acaba de conseguir un nuevo triunfo; pues—según a sus esfuerzos, el Gabinete de Munich se ha decidido a no prestar su cooperación para la línea férrea de Saint-Gothard.

El telégrafo anuncia nuevos desórdenes en Cork, en Irlanda. La causa del conflicto no ha sido esta vez una tentativa leonina, sino una grave de sastres y carpinteros. La policía, ayudada de la tropa, ha hecho muchas prisiones. Ha habido muchas víctimas por una y otra parte.

La tranquilidad no está todavía completamente restablecida, y la grave amenaza prolongarse aun.

De las elecciones Austria, todavía no se tienen noticias completas.  
En Styria y Moravia, los católicos han salido completamente vencedores. Con este motivo ya empiezan a alarmarse en Viena, recordando que el partido católico apenas estaba representado en el último Reichsrath, y ahora podrá suceder que se encuentre con fuerzas suficientes para luchar con el partido liberal.

El viro de la India, que se hallaba en Sumia, en los montes de Himalaya, aprovechó el momento para cambiar un telegrama con el presidente de los Estados Unidos.

La distancia recorrida por el mensajero es de 13,500 kilómetros, siguiendo los cables, y el tiempo de la transmisión del despacho de Sumia a Washington fue solo de cuarenta minutos. El presidente de los Estados Unidos envió al momento su respuesta.

El cambio de esos despachos se hizo por el cable trasatlántico francés, que tiene menos estaciones intermedias que el cable trasatlántico inglés. El cambio de líneas hizo perder más de un cuarto de hora que podría economizarse en adelante.

Por la tesorería central de la Hacienda pública se anuncia que desde hoy se abre el pago de los haberes correspondientes en el mes de la fecha a las clases activas y pasivas que cobran por dicha tesorería.

El de las pasivas tendrá lugar: Montepío civil, Montepío militar y pensiones remuneratorias.  
Día 2, de idem id.—Cesantes de todos los ministerios y retirados de Guerra y Marina.  
Día 4, de idem id.—Jubilados de todos los ministerios.  
Días 5, 6, 7, 8, 9 y 10, de once a tres.—Todas las nóminas sin distinción.

Retenciones desde el 1.º en adelante.

Dice un periódico de Barcelona, que el sábado último falleció en Tolosa de Francia, después de una larga y penosa enfermedad, la señora doña Dolores Perramon, viuda de Fonteluberta, presidenta del Consejo de las Conferencias de señoras de San Vicente de Paul en Cataluña, individuo de las Juntas de Damas, de la Caridad Cristiana, de las Escuelas Dominicales y de casi todas las asociaciones benéficas de dicha capital. Era tipo perfectamente acabado de mujer cristiana, y tanta era su humildad, su abnegación y sus líneas como a su propia persona, que sabía atraer todos los corazones y todas las voluntades hacia Aquel que dió su vida para redimir a todo el género humano. Momentos antes de morir tuvo la dicha de verse rodeada de todos sus hijos y de recibir la bendición apostólica que transmitió por el telégrafo, le enviaba el Papa Pío IX, como presidenta de las Conferencias de Cataluña, muriendo poco después, cuya muerte fué la de un santo.

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia en el desconsuelo en que debe estar por la pérdida de una persona tan querida.»

«Acompañamos a su familia